

EL CAPULLO ROJO

Abe Kōbō

La noche empieza a caer. La gente se apresura a volver al nido, mas para mí no existe casa a la cual regresar. Yo continúo caminando lentamente la angosta grieta que separa a una casa de la otra, mientras se repite la pregunta que me he hecho cientos de veces: ¿por qué a pesar de que a lo largo trar una respuesta convincente al por qué no tengo una casa.

A veces, al apoyarme en un poste de luz para orinar, encuentro pedazos de sogas tirados y siento deseos de ahorcarme. Mirando fijamente de reojo hacia mi cuello, la soga parece decir: descansemos, hermano mío. Mas no puedo descansar; la soga y yo no somos hermanos, y aún no puedo encontrar una respuesta convincente al por qué no tengo una casa.

Todos los días anochece. Al llegar la noche debo descansar. Para descansar necesito una casa. Y si es así, ¿no es cierto que no existe una razón para no tenerla?

De pronto se me ocurre que quizá cometí un grave error y no es que no tenga una casa: simplemente la olvidé. Sí, eso puede ser. Al pasar casualmente por un sitio, me detengo frente a una casa: ¿será ésta mi casa? Al compararla con las demás no encuentro un motivo especial que me indique tal posibilidad. Y aunque llegue a cualquier casa, de nuevo me digo lo mismo: no hay evidencia que desmienta que ésta sea la mía. Me lleno de valor y, ¡seal, llamo a la puerta.

Por la ventana a medio abrir aparece el risueño rostro de una amable mujer. La esperanza late cerca del corazón y éste ondea llano como bandera. Yo también sonrío y saludo como un caballero.

—Perdone que la moleste, ¿no es ésta mi casa?

El rostro de la mujer repentinamente se endurece.

—¡Caramba! ¿De quién se trata?

Me dispongo a explicarle, pero me encuentro en un callejón sin salida. No sé qué debo explicar. ¿Quién soy yo? No es ése el problema. ¿De qué manera podría complacerla? Me siento desesperado.

—En todo caso, si usted cree que ésta no es mi casa, pruébelo.

—¡¿Que qué...?! —dijo la mujer con rostro atemorizado, ofendiéndome.

—Si no tiene pruebas, tengo razón para pensar que es mi casa, ¿no?

—Pero esta casa es mía.

—¿Qué quiere decir con eso? Decir que es suya no significa que no sea la mía.

El rostro de la mujer se convirtió en un muro que borró la ventana. ¡Ah! Éste es el verdadero carácter de la señora de rostro sonriente. Si las cosas son de alguien, significa que no son mías. La transformación de siempre para justificar esa lógica irrazonable.

¿Por qué...? ¿Por qué si todas las casas son de alguien ninguna es mía? ¡Ay! Y aún no siendo mías, ¿no sería bueno que una al menos no fuera de nadie?

De vez en cuando imagino que los tubos de los depósitos de materiales y de las obras en construcción son mi casa. Pero éstos ya pertenecían a alguien. Sin que mi voluntad ni mi interés tengan nada que ver, en poco tiempo desaparezco del lugar para que aquello se convierta en propiedad de alguien. Evidentemente no era mi casa.

¿Qué tal la banca del parque? Excelente. Si en verdad la hago mi casa vendrá el del garrote y me echará... Indudablemente es *de todos*, no es propiedad de nadie. Pero dirá:

—¡Ea! ¡Levántate! Éste es un lugar público, no es propiedad de nadie y mucho menos tuya. ¡Vamos, a caminar! Si no te gusta es un asunto legal, así que búscate algún sótano. Fuera de ahí no hay donde te puedas quedar, o cometerías un delito.

¿Será que aquello del judío errante se refería a mí?

La noche empieza a caer. Sigo caminando. Las casas... ni desaparecen ni se transforman, permanecen firmes sobre la tierra. Mientras tanto, va cambiando su indefinido aspecto la grieta..., la calle..., en los días de lluvia como brocha que suelta pelusa, en los días de nieve como la huella de una rodada, en los días de viento como un cinturón que recorre la calle. Sigo caminando. No entiendo por qué no tengo una casa, no puedo ahorcarme.

¡Oh! ¿Quién es? ¿Qué se enreda en mi pie? Si fuera la soga para estrangularme no sería tanto mi apuro. ¡Ah, no...! Es un pegajoso hilo de seda que sale del agujero de mi zapato y por más que tiro de él sigue alargándose. Es algo muy singular. Lleno de curiosidad, continuo tirando hasta que sucede algo todavía más extraño. Gradualmente mi cuerpo se inclina, no puedo mantenerme perpendicular al suelo. ¿Habría cambiado el rumbo de la gravedad, ladeando al eje de la Tierra?

¡PUM! Mi zapato cae al suelo y comprendo la situación. El eje de la Tierra no se ha torcido; uno de mis pies se está haciendo pequeño. Al tirar del hilo, mi pie se empequeñece. Mi pie se ha ido destejiendo como el codo descosido de una chaqueta gastada. Mi pie se deshace como las fibras de un estropajo.

Ya no puedo dar un paso. Sin saber qué hacer permanezco inmóvil y,

dentro de la igualmente perpleja mano, el hilo de seda en que se transformara mi pie empieza a moverse solo. Sale arrastrándose con agilidad y, sin que yo mueva un dedo, se enrolla en mi cuerpo. Al terminar de destejer la pierna izquierda, con la mayor naturalidad se cambia a la derecha. En poco tiempo el hilo ha envuelto todo mi cuerpo como un saco y no cesa de destejer, de la cintura al pecho, del pecho a los hombros y continúa hasta que, desde el interior, termina de formar el saco. Al fin desaparezo.

Después, quedó un capullo grande y vacío.

—¡Ah! Al fin puedo descansar—. El sol poniente poco a poco tiñó de rojo el capullo. —Ésta es la casa a donde nadie vendrá a molestarme. Pero ahora que tengo una casa, ya no hay un yo que vuelva a ella.

Dentro del capullo el tiempo se detuvo. Afuera oscurece, pero el interior del capullo, en un eterno crepúsculo, se ilumina con el enrojecido brillo del atardecer. Ante un hecho tan sorprendente un hombre se detuvo. Me encontró en un cruce con las vías del tren. Al principio se le revolvió el estómago, pero su extraño hallazgo lo hizo cambiar de opinión y me guardó en el bolsillo. Después de traerme dando tumbos, me dejó en la caja de juguetes de su hijo.

Traducción del japonés:
Silvia Novelo